

CONVERSACION ANTE LA MUERTE

Una incitación irreductible me constriñe a pergeñar unas cuantas líneas en torno al entrañable amigo cuya memoria revivimos en esta noche. El recuerdo se diluye en la temporalidad. Sin embargo, Rafael Rivera Betancourt, en este preciso instante es más que un recuerdo. Parécenos, como afirmaba don Miguel de Unamuno para dramatizar la realidad de lo absoluto, que sentimos a Rafael cerca, muy cerca, en el aliento de su presencia, invisible e intangible; en el roce de su mano, que nos lleva, que nos trae, que nos empuja, y nos estruja.

Quisiéramos extraer del rico filón de nuestras reminiscencias muchas cosas. ¡Pero son tantas! Tantas, como aquellas cartas de Dios que Walt Whitman veía por todos los caminos pero no se inclinaba a recogerlas. ¿Qué haremos, pues? ¿Trazar una semblanza? ¿Bocetar un perfil? ¿Sollozar una estampa? Pobre e incoloro resultaría cuánto podamos decir y no importa la forma como lo digamos siempre nos quedaremos cortos en consideración a los merecimientos de este gran amigo nuestro. Renuente a los reconocimientos ¿cómo era Rafael? Si fuera posible preguntárselo a él mismo, de seguro que nos rechazaría con aquella fina delicadeza tan peculiar de su estilo y su manera. No sabemos qué rumbo seguir. Ciertamente, "caminante, no hay camino; se hace camino al andar." Como esas cosas de la vida, que cuando se buscan no se encuentran y luego, a medida que transitamos, se nos aparecen en cualquier recodo. Así habrá de suceder. Y sucederá hablándole a él, como lo hacía ayer no más.

En la excursión de mis recuerdos, me encuentro esta noche contigo, Rafael. Ahí está tu imagen. Tal como eras en aquellos años de estudiante en la Universidad de Puerto Rico. Amistoso, alegre, sonreído pero calladito.

Trafas, en tí y en tus gestos, la timidez del muchacho recién llegado, reminiscente de aromas de guayabos y limoncillos, de hombre sudado de amaneceres. Y tus ojos tenían visiones agrestes: luminosidades de girasoles, olor a tierra húmeda, trillos serpenteantes buscándole la vuelta al barranco, árboles desgajándose con la carga de los frutos como mujeres a punto de alumbrar. En tí todo, en tu mirada, en tu sonrisa, en tu voz, trafas la visión del surco de donde viniste, del camino que te trajo hasta nosotros.

Llegabas cauteloso, pero te irías allegando poco a poco, te ganarías la confianza del grupo y te convertirías en el líder. En esos días tu camino se cruzaría con el de una estudiante: un poco parecida a ti en ciertas cosas; muy diferente a ti en otras tantas. Y vendrían entonces los felices días del noviazgo. Lo que más persiste en mi memoria son los enojos de ambos. Uno detrás de otro. En un principio creí que esos enojos se suscitaban de una de las partes, que no eras tú, Rafael. Después hube de enterarme que eras sumamente celoso. Pero, ¿que importa? Mi papel era buscarlos, hacer que se agarraran de las manos y que siguieran juntos como si nada hubiese sucedido. Pero esto duraba poco. Me imagino, en la distancia, que en eso de enojarse y volverse a contentar derivaban la misma felicidad del filósofo en la búsqueda de la verdad. Que lo grande no está en el encuentro sino en un constante ir tras el descubrimiento. Por eso

segufas a la dueña de tu corazón sumiso, como sigue el pastor la ruta por donde se le ha escapado un corderillo. Al fin tú y Myrna constituyeron un hogar. Levantaron una familia. Llegaron a comprenderse en grado tal que de dos vidas hicieron una sola. Durante 20 años tejieron muchas ilusiones y enhebraron muchos sueños. También, como es natural en la vida matrimonial, hubo muchas peleñas. Pero recuerdo ahora aquel dicho tuyo: "Lo más bonito de las peleñas entre marido y mujer llega en el momento de volverse a contentar."

Permíteme, Rafael, que adentre un poco más a fondo en tu vida. Tal vez ninguna otra persona, después de tus familiares y tus médicos, estuvo más cerca de tí que yo durante este lapso de angustiosa espera. Tuve el privilegio de alimentar tu alma, transida de Dios, hambrienta de comunión con lo Eterno. Entre los dos se descorrió el velo. Yo veía claro, como en transparencia, a través de tu alma. Sentí entre mis manos el retemblar de tu corazón herido. Penetré en su escondido secreto. Sin reservas, sin reticencias.

¡Cuanto amabas la vida, Rafael! Proyectabas, soñabas, ideabas. Gustabas de las cosas bonitas. Añadías facilidades a tu casa para que hubiera comodidad. Querías alfombras, que si no lujosas, contribufan al confort. Colgabas lámparas. Encargabas cuadros que dieran un toque de belleza a las paredes. Además, te proponías residir algunos años en Europa a fin de que tu hijo hiciera su especialidad, tus hijas estudiaran y se saturaran de aquella cultura. Anhelabas volver a Quito. Esperabas, junto a uno de tus íntimos, abrir una oficina de consulta. Instalar en tu propia casa un equipo para la grabación de música religiosa y programas para la radio.

Pero, Rafael, no me puedes negar que mientras planeabas para el futuro te mantenías en diálogo constante con la muerte. Vivías en una secuencia de pensamientos sobre esta vida y aquella del más allá. Uno y otro pensamiento se alternaban en horas, minutos y segundos, como el tic-tac del reloj. Asidua e incesantemente. Sabías que la muerte rondaba tu morada, que tus días estaban contados. Sin embargo, subestimabas cada una de tus dolencias, mortales todas por necesidad. Aceptabas los dictámenes de tus médicos y les hacías creer que estabas esperanzado en el restablecimiento de tu salud. Pero en tu interior estabas convencido de que lo tuyo era irremediable. Yo creo que tú, Rafael, eras un maestro en el arte de aquello que Unamuno llamaba "sotoreir," reirse por dentro, por lo bajo. Te sotoreas de tus médicos. También de tus amigos que en las horas de crisis se acercaban a tu lecho y tú los envolvías en el embrujo de un dulce engaño. Te refas por dentro y por fuera, porque a ti también "todo te dolía, hasta la luz del alma." ¡Ah, Rafael! Tú eras un hombre admirable.

Me pregunto en esta noche, ¿qué es lo que tenemos delante? ¿un ser paradójico? ¿un escapista? ¿una personalidad dual? No, un hombre que vivía a plenitud su quehacer existencial. Realizaba su doble vocación. Primera, la espiritual, mediante la cual elegía el fin supremo de su existencia, que era Dios. La segunda, su vocación temporal, mediante la cual daba unidad a los innumerables medios que la vida le brinda para realizar su fin. Todo estaba claro para Rafael. Por eso escogió el Camino, que es Jesucristo. Pero vuelvo a tí, Rafael, porque nos falta lo mejor: tu partida. Todo lo hacías bien, hasta tu muerte: fue una muerte decorosa, tranquila, suave, sin sustos, sin gritos, sin temblor, sin terrores. ¿Me permites que se lo cuente a tus amigos? Bien, procedo. Primero

quisiste que ella te leyera un pasaje de la Palabra de Dios. Ella te leyó el Salmo 73. Después te desbordaste en ternura con ella, en dulzura para ella. Como cuando eran novios. La tomaste de la mano, como si fuera la primera vez, la miraste en los ojos y, como la primera vez, te la bebiste con tu mirada, porque no querías que se te olvidara. Las horas avanzan. La que tú esperabas se acerca con pasos silentes. Ya le habías dicho tus últimas palabras a Myrna: "El Espíritu Santo está conmigo. También está contigo y todo saldrá bien." Y así fue en aquel momento grande. Y así es ahora y así será siempre, Rafael. Myrna tú lo sabes, está muy triste y acongojada pero una profunda paz embarga todo su ser, porque como tú le dijiste, "el Espíritu Santo está contigo y sabe que "todo saldrá bien."

Vamos a despedirnos, Rafael. Un cristiano como tú, que amaba tanto la vida, se merece un poema de despedida. Yo quiero parodiar a Ralph S. Cushaman y decirte:

¡Buenas noches, hijo mio!

¡La vida es tan maravillosa!

Una vida como la tuya la muerte no puede terminarla
La mañana llegará nuevamente,
Y notas primaverales sonarán nuevamente,
Dulcemente en la brisa.

Esto no es morir, querido amigo nuestro
Tú estás escalando desde esta existencia,
Desde estas luchas y desde este dolor
Hacia donde con Cristo la vida volverá a renacer
Así, pues, Rafael, solamente: Buenas noches.

¡La vida es tan maravillosa

Una vida como la tuya
La muerte no puede terminarla!
Y hasta la vista, Rafael.

Avdo. Miguel Limardo CASTILLO

1º de febrero de 1974
Capilla del Seminario Evangélico
Río Piedras, Puerto Rico